

Manuel Zamarreño

Cuando dábamos ya por cerrada esta Revista y nos preparábamos a entrar de lleno en el ambiente festivo de las Magdalenas la noticia del asesinato del concejal de este Ayuntamiento, Manuel Zamarreño, nos llenó de estupor y consternación una vez más.

La condena moral y política, firme y decidida, sin paliativos ni matizaciones, de un acto de este tipo cuya monstruosidad y desvarío nos obliga a reflexionar sobre la incapacidad política de sus autores, debe igualmente hacernos más firmes en nuestros principios democráticos y más decididos frente a la intolerancia y al crimen.

Resulta cada vez más difícil de creer a los que dicen defender el diálogo, sin definir nunca los contenidos, mientras aplauden o callan vergonzosamente ante quienes tienen como único método para intentar conseguir sus objetivos el poner cadáveres encima de la supuesta mesa de negociación.

El 29 de diciembre, apenas poco más de dos semanas del asesinato de su compañero José Luis Caso, unos "desconocidos" incendiaban el coche de Manuel Zamarreño que de manera escueta señaló en aquella ocasión: *"hechos como éste demuestran que nos quieren eliminar"*. La Corporación municipal en pleno, a excepción de los que no aceptan las normas democráticas, condenó el hecho, le prestó su apoyo y señaló claramente que se habían cumplido así las amenazas de las que había sido objeto, instando a los autores del atentado a que *"defiendan las cosas con la palabra, ya que nada se puede reclamar por medio de la violencia"*.

Es difícil olvidar en estas circunstancias las declaraciones que Manuel Zamarreño hizo, tras la jura de su cargo, en las que expresó sus sentimientos de *"pena, orgullo y esperanza"*, señalando que se encontraban *"tristes"* por la causa que había motivado su llegada a la Corporación pero orgullosos por haber aceptado un puesto que suponía *"el retorno a una normalidad que no debería haberse perdido y el triunfo de la democracia"*.



Quiero pensar que su deseo, expresado en esta ocasión, será finalmente realizado a pesar de los irracionales esfuerzos, condenados de antemano al fracaso -ya que una minoría violenta y totalitaria nunca podrá pretender sojuzgar a un pueblo libre como el nuestro- de quienes al carecer de razones recurren al asesinato como argumento supremo.

Será sólo dialogando y uniéndonos todos los habitantes de este pueblo para conseguir el *"triunfo de la democracia"*, como podremos establecer una convivencia en paz y concentrar nuestros esfuerzos en aumentar el bienestar y hacer frente a los retos y problemas que se nos plantean. Crímenes como los que acabamos de vivir en nuestro pueblo en muy poco tiempo, resultarán incomprensibles para nuestros hijos y nuestros nietos cuando repasen nuestra historia pero esperemos con confianza que sabrán reconocer a los que fueron, de una manera u otra, sus ejecutores o responsables.